

DEDICATORIA.

Als quatre benemèrits ganxons, organitzadors de l'Aplec, amb tota simpatia.

PROLEG

Aquest any, degut al mal temps, l'Aplec de Sant Baldiri s'ha celebrat una setmana més tard i ha reunit les condicions suficients per a ésser típic en tots sentits.

CAPITOL I — La sortida.

El carro portador d'instruments musicals i paquets amb minestra, sortí de Sant Feliu a les quatre del matí.

Els romeus oïren missa a les cinc i mitja i per a començar bé el dia, envestiren de dret la Costa d'En Cirera.

CAPITOL II — L'arribada.

A l'arribar a Sant Baldiri, amb gran disgust, no es va veure en lloc el carro. Els que esperaven els paquets, no podien esmorzar i la rateta que els hi corria per dintre els féu desesperar fins a les deu, hora en que, xano-xano, el carro entrà al pati de la finca.

Després es sapigué el succés, per cert ben senzill: el carreter s'havia adormit, seguint el cavall per un altre camí i fins que el carro no quedà mig tombat a la cuneta, el carreter no es despertà.

CAPITOL III — Part religiosa.

Rosari i cant dels goigs. (Una mica desafinats, per cert).

CAPITOL IV — Part profana.

Cassoles d'arròs.

CAPITOL V — La ballaruga.

A càrrec d'un Conjunt de cinc músics: dos de Sant Feliu, dos de Calonge i un de Tossa.

Ballables matí i tarda a base d'impressionants barreges de melodies, amb abundància d'obligats.

Durant una execució, saltà en dos troços una corda del contrabaix.

Més tard petà una altra corda, saltant pels aires el pontet del mateix instrument.

CAPITOL VI — El retorn.

Primer es donà comiat al carro, novament carregat d'instruments i paquets.

Després els dos cents cinquanta romeus emprengueren el camí cap a la Divina Pastora on, llevat dels que s'extraviaren, tothom pogué fer-se un tip de recuit a pesseta la cullerada.

CAPITOL VII — La tragèdia.

Quan el primer membre de la Comissió arribà als Quatre Camins on tenia de continuar-se el ball, el carreter, amb gran misteri, li explicà el desastre esdevingut:

El carro sortia de Sant Baldiri carregat amb els instruments i demés, quan un dels quatre importants elements de la Comissió el deturà per a pujar-hi tot seguit, es suposa per a separar del seu paquet un parell de butifarres.

Quan aquest important membre de la Comissió, home

de pes, estigué dalt del carro, el cavall per esquivar-se una mosca va fer un lleuger moviment, suficient per a fer perdre l'equilibri a aquell important membre de la Comissió, que amb tota la força de la seva gravetat caigué de ple sobre el contrabaix, que quedà completament estavellat.

El de la Comissió a qui explicaven això, tremolant va palpar per sobre la funda el que quedava del que havia sigut voluminós instrument i els cabells se li posaren de punta.

CAPITOL VIII — Conflicte.

Així que els músics arribaren als Quatre Camins i trobaren el contrabaix fet una coca, es negaren a tocar si no se'ls hi pagaven els desperfectes.

Ràpidament s'organitzà una col·lecta «pro contrabaix», recollint-se cert quatre pessetes amb vint cèntims.

Contant amb aquesta base, es prometé fer adobar l'instru-

ment i tot seguit els músics es posaren a tocar.

El del contrabaix, com que tenia l'instrument fet una figa seca, fou amablement invitat a tocar el pandero. No era cosa de perdre un altre músics, doncs el de Tossa, que per lo vist no estava per brocs, a la sortida de Sant Baldiri ja havia tocat el dos cap a casa seva.

CAPITOL IX — Cant final.

S'entrà a Sant Feliu pel carrer de Montcalvari, cantant-se els goigs a la imatge de Sant Baldiri que aquell dia es posa a la fornícula de la façana de la que fou Ca l'Elodia.

EPILEG.

Els de la Comissió estant preocupats, doncs no saben si fer arreglar el contrabaix o comprar-ne un de segona mà.

MORALITAT.

No s'ha de caure mai damunt d'un contrabaix.

El contrabaix s'ha de portar sempre penjat fora del carro.

Perdonarà el lector que hoy traiga a esta sección un tema que, como el deportivo, tiene ya en este semanario sus columnas propias. El hecho empero que voy a comentar — y ello valga para mi disculpa — sobrepasa a mi juicio el puro comentario deportivo para caer de lleno dentro del ámbito en que se mueve, o mejor, debería moverse la sociabilidad humana.

Tengo, entre mis defectos, la pasión futbolística y, por lo tanto, el vicio de asistir a sus encuentros. Soy antetodo un hombre de buena fe, incapaz de caer en la delincuencia que para mi representan los hechos y pasiones violentas. Como todos voy al futbol a ver ganar a mi equipo y en todo caso aplaudir al rival que, por juego, logra algún día vencerlo. Discuto si, aunque sin vociferar con la mala educación de aquellos tremendistas entre los que abunda la solemne tontería de creer que la razón es siempre del que más chillá. Procuro en-

juiciar los hechos con toda objetividad, sin conceder a ningún jugador la categoría de *vedette* o de intocable que muchos les atribuyen. Cuando mejor es el jugador, mucho más es lo que yo le exijo, sobretodo cuando veo que su categoría lo duerme a veces sobre sus propios laureles. Nunca fui *massonista*, porque ésta era una posición tan funesta y desgraciada como la que sustentaban aquellos que se jactaban de ser deportivamente *anti*. Solo soy, lo que todos debiéramos ser: azulgranás a secas.

Deploro, como todos, la triste formación de muchos árbitros. Aunque les disculpo, en ciertos casos y personas, muchas cosas, por cuanto sé que trotando por estos pueblos de Dios conocieron, exasperante, una porción de matones, energúmenos del deporte, que nunca saltaron al cuadrilátero del Price para caballerosamente medir sus fuerzas con otro de su condición y no contra los pacíficos espectadores que todavía vamos a los campos de juego a ver lo que aquellos nunca verán en su vida.

Muchas más cosas podría desgranar en este mi rosario de tristezas, si no fuera que al comenzar me propuse contar a ustedes una anécdota que, de ir siguiendo, el espacio de que dispongo no querrá luego admitirla.

Visité no hace muchos días un campo de futbol, de cuyo nombre, como se dice en manchego, no quiero acordarme. El señor del marcador, impaciente de mejorar al resultado adverso que tenía en casilla el equipo local, aprovechó la excelente internada que trenzó su delantera para añadirle la unidad que, a mano seguida, tuvo que quitar, por la sencilla razón de que el gol se quedó para otro día. A toda persona normal, el hecho le habría producido la gracia que a mi me produjo... hasta que un hincha, a mi, vecino, me amenazó con meterme en cuadrilátero si volvía a sonreír mientras me hallara en aquel campo.

Si sandeces como ésta pueden impunemente ocurrir a diario como tantas otras cosas ocurren drásticamente en nuestros campos de futbol, el dilema se impone como nunca: O vamos, y nos respetan, o los echamos, si no pueden.

Todo, antes que tolerar que la mala educación campee tan libremente como para hasta negarnos la solemnisima libertad de reinos cuando nos da la gana.

L. d'Andraitx

SOLEDAD

Va hacia el ocaso el rojo sol poniente en un atardecer de mayo... La luz cobriza perfila de aureolas cada árbol y cada flor del jardín. Ha poco dejó de llover y siguen prendidas de las hojas algunas gotas de agua hurtadas a la tierra que, al suave contacto tangencial de los últimos rayos solares, asemejan diminutas pompas de jabón, maravillosamente estáticas.

Alguna araña invisible colgó su red entre las ramas de un abeto y un polvillo húmedo e irisado ha quedado prisionero en sus mallas, como un mágico adorno de Navidades.

Oigo el ir y venir de una pareja de jilgueros que anidan en lo alto de un cerezo. Como estoy quieto, muy quieto, sentado en el borde de piedra de un «parterre», siguen en sus viajes y en su piar, ajenos a mi presencia. Cuando alcanzo a ver sus pintados rostros a través del ramaje, pienso si no serán los reflejos del primer fruto maduro.

Pende del cerezo la muda pregunta que encierra la clavellina aérea de flores carmesíes.

La fuente del surtidor lanza un abanico de parábolas brillantes sobre una alfombra flotante de nenúfares; algún lirio orgulloso la atraviesa señalando hacia lo alto con su amarillo dedo envuelto en blanca espata.

Salen los caracoles, prisioneros de su casa y olvido su voracidad, indiferente y no en aras de la paz de la tarde.

Las golondrinas se persiguen entre estridentes chillidos de sus vuelos raudos y bajos antes de entregarse al descanso. Como negras saetas cruzan el jardín, para elevarse de pronto, hasta el cielo, dejando vacía de huecos una propia aspiración.

El silencio es agosto.

¿Por qué habré escrito silencio, si lo vivo y lo inanimado del jardín están hablando sin cesar?

Hablan las rosas con su perfume y también con su color. El abeto, el cerezo y un árbol de lilas, ya sin flores, balancean suave-

mente sus ramas, susurrando misterios, no se si movidas por el viento, por la intrusión de los pájaros o por sùtiles y propios estremecimientos. Habla la hiedra fidelidades, abrazada eternamente a un muro; al muro que encerrando mi jardín, le da la suprema libertad de los cenobios. Había el agua en la fuente y habla la tierra toda. Hablan las nubes en prisas de «adioses» y cortés, el sol da las buenas noches.

Mudo y escuchando, sin ecos interiores que respondan a la charla de un crepúsculo al que no me siento invitado, quizás el silencio sea solo mio.

¡Qué solo y que extraño a todo estoy!

Lejos de las flores y de los pájaros, lejos del agua amiga, esquivo a la tierra y cielo, irremisiblemente perdido en una atmósfera gris indefinible, desconocida...

No puedo penetrar, como otras veces, en el mismo tronco de un árbol y sentir su savia en mi sangre y fijar las raíces de mis plantas. No puedo cruzar los aires en el cuerpo de un pájaro, ni cabalgar en una nube, sintiéndome yo también viento y agua.

Estoy encerrado en mi adusta soledad y toda vida es ajena a mí. A esa vida, que no es mía, la veo desfilir ante mis ojos en el escenario del mundo, solo yo en el patio de butacas. ¿Por qué?

¿Qué rencor me aparta de una comunión otras veces lograda?

Creo que debo pensar, pensar seriamente, en la humildad de un perdón que, con seguridad, precisándome, habré dejado de implorar.

Si mañana consigo pronunciar «sorella acqua», no ya con imposible y divina humildad de un San Francisco, sino, tan sólo con la imperfección de la mía, sabré que tras el perdón de mi angustiosa soledad se habrá salvado.